

vuelve cada día más dramática. Los morteros borgoñones han destrozado tramos de la muralla y varias torres. El 18 de junio el Duque ordena el asalto con numerosas tropas, pero son rechazadas y el foso que rodea las murallas se llena de cadáveres.

Apenas acaba el festín bajo las arcadas de Berna llega un mensajero desde Murten. "Os necesitamos", hace saber Bubenberg, "venid, pero no hagáis nada precipitado".

Bubenberg no exagera. Furioso por los asaltos repetidamente fracasados, el Duque ordena el 20 de junio colocar artillería de asedio también del otro lado de la villa. Su intención es lanzar de forma simultánea dos asaltos con abrumadora superioridad numérica. Dos o tres días serán suficientes para abrir otras brechas en la muralla.

Pero los acontecimientos se precipitan. Al escuchar el mensaje de Bubenberg, el contingente de Zürich se pone nuevamente en marcha y en las horas tempranas del 22 de junio se reúne con sus compañeros. En un claro cerca de Lurtigen se establece el orden de batalla y 24.000 hombres en total, 1.500 de ellos a caballo, esperan la orden de ataque.

El nerviosismo se apodera del Duque; ya en la noche del 17 al 18 de junio su ejército está listo para el combate y, una vez más, del 21 al 22 de junio las tropas pasan la noche en formación de guerra. Sigue lloviendo sin parar. Al amanecer, el Duque cabalga en reconocimiento y al ver solamente parte del ejército Confederado, llega a la conclusión de que no es inminente un ataque. Sus altos oficiales no comparten esta opinión pero, terco como es, permite a las ya bastante desmoralizadas tropas volver a sus acantonamientos, dejando en el llamado *coto verde* una guardia de unos 1.500 hombres.

Hacia el mediodía del 22 de junio un tímido sol atraviesa las nubes, lo que las tropas confederadas interpretan como buen augurio. Su vanguardia, de unos 5.000 hombres, ataca frontalmente *el coto verde*. Abrirse paso causa bajas pero un ataque de flanco consigue callar a la artillería.

Los primeros cañonazos desde el *coto verde* llaman al Duque a la dura realidad: ataque de los Confederados y la mayor parte de sus tropas descansa en los acantonamientos. Suena la alarma.

Los primeros escuadrones borgoñones listos para el combate llegan al galope pero son rechazados por los lanceros helvéticos. Enseguida el *coto verde* queda neutralizado. La batalla ya está decidida, el grueso de los Confederados avanza sobre el campamento del Duque y en vez de ocho mortíferas líneas de combate, encuentra solo focos de resistencia aislados.



A la izquierda, el campamento del conde de Romont con artillería de asedio pesada. Obsérvense las murallas parcialmente destruidas, una rampa de asalto abandonada y una brecha importante con gaviones. Un asalto fracasado ha dejado numerosos muertos en los fosos delante de las murallas. En realidad, las dos piezas de artillería que se ven en primer plano deberían situarse frente a las brechas, pero el artista se tomó la libertad de ponerlas adonde mejor quedaban en el dibujo. Los sangrientos combates diarios no impiden una escena prosaica a orillas del lago; dos pescadores, un hombre usa una letrina y una mujer lava la ropa. A la derecha, el pequeño puerto fortificado. Bubenberg mandó quemar todos los barcos del lago; solo guardó unos pocos para poder enviar, durante la noche, mensajeros a Berna

Un contingente helvético, con la caballería de sus aliados a la cabeza, avanza por el sur del campamento ducal en dirección de Pfauen para cortar los caminos de repliegue. Como vía de escape, queda únicamente el lago. Cuando las tropas de Bubenberg hacen una salida se siembra el pánico, muchos combatientes borgoñones buscan su salvación en los amplios campos de cañas del lago.

El Duque y los altos personajes de su corte logran huir a tiempo hacia Lausanne pero la mayor parte de su ejército es aniquilada en pocas horas sin apenas ofrecer resistencia. Se estima que alrededor de 12.000 borgoñones encuentran allí la muerte.

Mejor suerte tiene el conde de Romont, al mando de la artillería de asedio en el noreste de Murten. Como la salvaje cacería en la que desemboca la batalla tiene lugar al otro lado de la villa, el Conde queda virtualmente olvidado. Romont reúne sus tropas y marcha, sin ser hostigado, a su señorío.

Los Confederados toman posesión del campamento enemigo, nuevamente con riquezas inimaginables. Según rituales ancestrales se quedan tres días en el campo de batalla. Enloquecidos, los soldados celebran la victoria con abundante comida y vino —y numerosas prostitutas—, un espectáculo dantesco en campos empapados de lluvia y sangre, en medio de miles de cadáveres.

14. Grandeza y debilidades de la Antigua Confederación Helvética

La contienda con Borgoña pone en evidencia cualidades sobresalientes pero también lamentables flaquezas.